

# ¿Qué nos estamos jugando?

El problema es tan viejo como Venezuela. Desde los comienzos de nuestra vida republicana son numerosos los pleitos, acuerdos, tratados, arbitrajes y frustraciones por cuestiones limítrofes... Pero nunca como en este momento una discusión de esta naturaleza ha involucrado tanto al país entero. ¿Es por lo que está en juego? ¿Es porque por primera vez se ha "contado" con el país? ¿Se trata de un brote de patriotismo o de xenofobia? La discusión sobre la delimitación de las áreas marinas y submarinas entre Venezuela y Colombia suscita, en ambos pueblos, dudas e interrogantes que es necesario discutir serenamente, poniendo las cosas en su sitio y en sus dimensiones. A ese esfuerzo clarificador, propio de pueblos maduros, pueden y deben contribuir los variados sectores que forman nuestras sociedades cada vez más complejas. Por ello, no debemos extrañarnos de la diversidad de pareceres, fruto, en gran parte, de la diversidad de intereses que están en juego y que afectan toda la vida de nuestros pueblos. De allí el temor y temblor que nos entra al tener que afrontar, como venezolanos, la necesidad de opinar sobre la discusión que se ha generado a raíz de la publicación del proyecto de acuerdo entre Venezuela y Colombia sobre la delimitación en el área del Golfo de Venezuela.

## HABLAR O NO HABLAR

Para muchos resulta peligroso hablar en estos momentos. Peligroso porque podría afectarse la estabilidad del régimen democrático que tantos esfuerzos ha costado mantener en estos últimos veintidós años. Peligroso porque se trata de un problema de alta complejidad técnica, jurídica, histórica, económica y que afecta a la misma seguridad del país y que, por tanto, sólo debe ser manejado por peritos y especialistas...

Para nosotros es más peligroso no hablar. Desde que se volvieron a abrir las negociaciones con Colombia sobre el diferendo del Golfo de Venezuela, no habíamos sentido la necesidad de hablar. Existía en nosotros y en el país una confianza básica en los negociadores venezolanos.

Nosotros seguimos manteniendo esa confianza. Quizá por ello no habíamos abordado el tema hasta ahora. Sin embargo, el problema del diferendo ha llegado a un punto en el que parece haber desbordado al gobierno, a los partidos, a los técnicos, a los medios de comunicación... Vivimos con la impresión de que esto se nos ha ido de las manos, de que existe poca claridad sobre los parámetros de discusión y sobre lo que en realidad se está jugando. De allí la importancia de hablar. No porque nosotros tengamos la "piedra filosofal" que permita resolver el problema, sino porque estamos convencidos de que volver a tomar las riendas del problema ya no es únicamente un asunto de la Cancillería o de una buena campaña publicitaria del Ministerio de Información, sino de ponernos todos los venezolanos a pensar y hablar en términos racionales, sabiendo lo que nos estamos jugando y asumiendo plena y conscientemente las consecuencias de nuestras opiniones, acciones y decisiones.

## CONSULTAR O NO CONSULTAR

Durante mucho tiempo se ha pensado que los arreglos internacionales son "problemas de Estado", que deben llevarse muy discretamente, por pocas personas y éstas muy especializadas y avezadas en las formas diplomáticas de defender las propias posiciones. Según esta posición, sensata desde varios puntos de vista, el diferendo con Colombia debería manejarse a niveles altos y restringidos: el Presidente de la República, el Canciller y la comisión negociadora. Una vez llegado a un acuerdo se propondría al Congreso Nacional para su ratificación y se informaría al país sobre el arreglo alcanzado.

Otra posición acepta la necesidad de consultar, pero haciendo esa consulta a personas o grupos notables que posean las aptitudes necesarias para opinar sobre asunto tan delicado.

La consulta abierta se ha defendido como un nuevo e importante paso en la profundización y ampliación de nuestra democracia perfectible. Después de la experiencia de vida democrática que tiene el país no les luce descabellado, a los sustentadores de esta posición, buscar un consenso nacional sobre un problema que afecta a la nación como conjunto.

Desde una perspectiva democrática resulta obvio que es mejor consultar que no consultar y la tendencia debe ser hacia la consulta que involucre el mayor número de venezolanos posible. Sin embargo, no se puede olvidar la situación real del país y el carácter del problema que se consulta. La base de cualquier consulta es la posibilidad de que el consultado maneje la misma información que maneja el consultante y que ambos puedan hablar el mismo lenguaje. En otras palabras, que consultante y consultado sean jugadores de la misma categoría, conozcan las reglas del juego y tengan las cartas sobre la mesa. Otro elemento que no puede olvidarse es que la nación es un concepto abstracto, mientras que lo concreto es una sociedad constituida por sectores muy diversos, algunos de ellos en pugna a causa, precisamente, de los intereses que

defienden, y que esas divisiones no se acaban en el punto de las fronteras.

¿Y, entonces? Por supuesto que las cuestiones de política exterior son un problema de Estado, que todo el país no está "preparado" para dar una opinión complexiva sobre el problema del diferendo y que es necesario progresar en nuestra experiencia democrática. Es decir, la consulta es necesaria. Puede convertirse en un eficaz medio de educación política y democrática para los venezolanos. Pero, esto no significa descargar al gobierno de su responsabilidad de tomar las decisiones que le corresponden como guardián directo de los intereses del Estado venezolano, ni al Jefe del Estado de dirigir la política exterior venezolana. Exige del gobierno y de los mejor preparados un genuino esfuerzo por transmitir la información completa sobre lo que se discute, sus causas, consecuencias y límites... Y, sobre todo, supone no olvidarse, más aún, tomar conciencia de la diversidad de intereses en juego en una decisión de esta naturaleza, y los riesgos de manipulación de la opinión que se corren en una sociedad como la venezolana. Porque no puede olvidarse que la nación venezolana toma cuerpo en una sociedad constituida por sectores muy diversos que sustentan intereses divergentes y, a veces, opuestos, y que, por ello están en pugna de uno u otro modo. No puede descartarse que el tema de la integridad territorial, a causa de su gran capacidad movilizadora, sea aprovechado por personas o grupos para obtener otros fines particulares que no logran alcanzar por la vía directa.

### NEGOCIAR O FIRMAR

Es necesario reconocer como mérito de la actual comisión negociadora haber mejorado los términos de la discusión del problema del diferendo. El gobierno de Carlos Andrés Pérez, encandilado por la posibilidad de llegar a acuerdo rápidamente, sostuvo la tesis del condominio del Golfo, según la cual Colombia reconocería como "aguas venezolanas" las situadas al sur de la línea recta trazada entre Castilletes y Punta Salinas, sin dejar claramente establecido su carácter de aguas interiores. Como contrapartida se acordaba la explotación conjunta de los recursos petroleros del Golfo de la siguiente forma: los costos y beneficios de los pozos situados al norte de la citada línea se repartirían 51 por ciento para Colombia y 49 para Venezuela, mientras que los situados al sur en forma inversa.

Tal posición significaba, en la práctica, la renuncia de Venezuela a considerar como mar interior las aguas del Golfo situadas al sur de la línea Castilletes-Pta. Salinas, sólidamente respaldada por argumentos históricos, geográficos y jurídicos. Significaba retroceder en nuestras posiciones más atrás de las sostenidas por el gobierno de López Contreras y en las discusiones de comienzos de siglo. Significaba renunciar al derecho de explotar los recursos de nuestro territorio exclusivo.

Si tal era la situación, y se ha logrado el paso plasmado en el proyecto Planchart-Londoño, parecería conveniente no apresurar la firma sino seguir negociando.

Tanto venezolanos como colombianos somos conscientes de la necesidad de llegar a un acuerdo. Sin embargo, la urgencia de ese acuerdo está subordinada a que sea una solución justa y equitativa. Se trata de un área vital para Venezuela, que siempre ha salido mal parada en las demarcaciones con Colombia. De allí que Venezuela tenga que garantizar que sus derechos firmemente fundados le sean reconocidos.

Los argumentos de la necesidad de un pronto arreglo con Colombia en el Golfo de Venezuela por razones de geopolítica, por acelerar la integración andina o por la cercanía de la reapertura de las negociaciones con Guyana, son un arma de doble filo. Los derechos de Venezuela sobre el Golfo son incuestionables. Si se llega pronto a un arreglo que reconozca esos derechos el resultado evidente es una mejor posición de Venezuela para negociar con Guyana. Pero si el acuerdo es una nueva expoliación para el país se debilita la posición venezolana en todos los frentes en que se fortalecería con la firma de un acuerdo justo.

Incluso antes del rechazo que ha producido en la opinión pública el proyecto de acuerdo Planchart-Londoño, la vía lógica para Venezuela era no firmar sino seguir negociando bilateralmente.

### LO QUE ESTA EN JUEGO

Colombia no había manifestado demasiado interés por el Golfo de Venezuela hasta hace muy poco tiempo. Esa es la conclusión que se desprende de una revisión de las discusiones y tratados celebrados para la delimitación fronteriza. Sin duda que el interés actual está fuertemente influido por la necesidad de asegurarse nuevas reservas petroleras. Sólo recientemente el Golfo de Venezuela es apetecible desde este punto de vista, pues sólo recientemente es técnicamente posible y económicamente rentable la explotación marina de petróleo. Los estudios realizados, además, ofrecen altas posibilidades de existencia de petróleo en el área del Golfo de Venezuela.

Una de las cosas que está en juego, entonces, es la cuestión petrolera. No puede pensarse en un arreglo con Colombia "despetrolizado". En este sentido, ambos países están interesados en que se precise al máximo esta materia en las áreas en discusión. Pero la cuestión petrolera trasciende los problemas de delimitación de áreas marinas y submarinas, por lo que deben ponerse las cosas en su lugar y tratar de

estas materias conexas reconociendo su especificidad y relación pero sin confundirlas ni identificarlas.

Para Venezuela entran en juego cuestiones de seguridad. Basta echar una rápida mirada a cualquier mapa para darse cuenta de la importancia de esa zona para el país, mientras que para Colombia es una zona de mucho menor importancia estratégica.

Para los venezolanos se ha convertido, además, en una prueba de nacionalismo. Esa palabra ha inundado todos los posibles medios de expresión en estas semanas. Parece que de repente ha aflorado una especie de frustración colectiva por todas las veces que se han negociado fronteras. La virulencia de las reacciones de algunos sectores ha hecho que se alcen voces advirtiendo contra posibles actitudes chovinistas. Tradicionalmente Venezuela ha sido un pueblo amplio y esa característica existe en nuestra memoria colectiva como un valor. Una amplitud que siempre ha estado acompañada del orgullo de sentirse venezolano. Es decir, una amplitud perfectamente nacionalista. ¿Qué pasa ahora, entonces, que hay peligro de que el nacionalismo profundamente arraigado en nuestro pueblo se transforme en un irracional patriotismo capaz de justificar hasta una guerra fratricida?

Como en muchas otras ocasiones observamos la presencia de pescadores en río revuelto, que pretenden aprovechar esta situación para sus propios intereses que poco tienen que ver con el nacionalismo o con la nación. Este tipo de actitudes que escudan detrás del patriotismo propósitos inmediatistas e individualistas duelen, porque es de las formas más crueles de utilización de las personas y los sentimientos sin percatarse de las consecuencias ni de los costos sociales que implican.

El nacionalismo es la actitud de un pueblo que se siente construyendo su propia patria, que aporta su esfuerzo para que todos podamos beneficiarnos del producto social, para que las decisiones se tomen en función del mayor bienestar colectivo... La defensa del territorio y de los recursos forma parte de esa actitud nacionalista. Sin embargo, en una sociedad en la que la mayor parte de la población no participa en el proceso social y en la que existe una crisis económica provocada por una más profunda crisis de conducción, el sentimiento nacionalista se convierte en una válvula de escape, en una protesta recia contra las élites dominantes empeñadas en apropiarse ellas de la patria. El nacionalismo puede ser una inmensa fuerza de transformación social y construcción de una patria justa. Si no es así no es por culpa de los colombianos sino de los "venezolanos" que dominan el país.

Y, finalmente, está en juego nuestra capacidad como pueblo de resolver nuestros problemas limítrofes de una forma madura, poniendo las cosas en su lugar y situando cada problema en sus verdaderas dimensiones, sin mezclarlos con las frustraciones internas que también tenemos que resolver caminando hacia una democracia basada en una organización autónoma del pueblo. Creemos en el poder de la justicia y en la posibilidad de llegar a soluciones equitativas por cauces normales y maduros.

## NUEVAS TARIFAS DE



Número suelto	Bs. 7
Suscripción para un año (10 números)	Bs. 60
Suscripción de apoyo	Bs. 150

(Para más especificaciones, ver la primera página (Sumario))